

ADOLFO PRIETO: LITERATURA Y SOCIEDAD EN LA ARGENTINA *

P O R

RODOLFO A. BORELLO

Pocos críticos literarios hispanoamericanos han dedicado tal suma de talento y penetración a un tema tan arduo como el de quien encabeza estas líneas. Su último libro es buena ocasión para un examen somero de su obra anterior y del sentido total que ella tiene, tanto para la apertura de nuevas posibilidades de comprensión de lo literario como para ejemplo de la inmensa labor que aún resta por hacer en el mundo hispánico, aprovechando sus postulados, sus métodos y sus fines.

Adolfo Prieto se inició como crítico con su tesis doctoral presentada ante la Universidad de Buenos Aires en 1953, sobre *El sentimiento de la muerte en la literatura española de los siglos XIV y XV* (1), que sigue siendo el mejor estudio hoy existente sobre el tema. Ya en esas páginas se hacían visibles notas que los volúmenes y artículos posteriores convertirían en una constante de su obra: más que los textos mismos, más que la pura comprensión estética y literaria afinada en las formas, el estilo o la lengua, el crítico estaba interesado en descubrir qué tipo de hombre había escrito esas páginas, qué motivaciones socio-históricas y psicológicas lo explicaban. Por detrás de versos a primera vista circunstanciales, de crónicas olvidadas, de relatos llenos de recursos retóricos, Prieto perseguía las ideas, los sentimientos nacionales, el horizonte de valores que les daban sentido.

Después de analizar profundamente los textos del período citado llegaba a la conclusión de que mientras en el resto de la Europa finimiedieval se produce una aguzada preocupación por la muerte y una tendencia a lo macabro, ese sentimiento apenas roza la sensibilidad de los escritores españoles, identificados en una tradición cristiana sólidamente anclada, de parsimonia y serenidad inconfundible:

En las coplas de Manrique—escribe en las Conclusiones—culmina una actitud ancestral, abonada, en el período que nos ocupa, por las obras de Juan Ruiz, don Juan Manuel, Pedro López de Ayala, el mar-

* Con motivo de la aparición de *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1966; 198 pp.

(1) La parte básica apareció en *Revista de Literaturas Modernas*, Facultad de Filosofía y Letras, núm. 2, pp. 115-170. Mendoza, 1960.

qués de Santillana, Gómez Manrique y buena parte de los poetas menores del Cancionero de Baena. La escasa difusión del tema de la *Danza de la muerte* y las depuraciones que él mismo recibió de la inmediata posteridad, corroboran la vigencia de tal actitud.

Junto a ellos deben señalarse la que adoptaron los autores de origen judaico, si no inserta en el «espíritu macabro», con proclividad a caer en él, delatando una peculiar situación existencial.

En *La Celestina* se patentiza una actitud prolongada por Sem Tob y Juan de Mena, cuyo más acusado rasgo se resuelve en la dramática pugna de dos tendencias: afirmación de la vida y voluntad expresa de negarla.

Esta síntesis final apenas sí permite tener idea de las novedades que del estudio minucioso de cada texto extrajo Prieto. Así la demostración del sentido paródico del Planto de Trotaconventos en Juan Ruiz; la importancia del Canciller Ayala como demostrativo testimonio de una época muy poco conocida de la Historia de España; la duplicidad de género fundida en las Coplas manriqueñas, así como su esencial espíritu medieval e hispanocristiano, no-renacentista; el identificar en Pleberio la voz velada de Fernando de Rojas y su drama vital:

Únicamente desde la historia de España, entreverada de pueblos y de cultura, únicamente desde el fondo de esa historia es posible comprender *La Celestina* y no desde la altura del Domo de Florencia, por más que invite a ello la mención de autores antiguos puestos en circulación por la Italia renaciente.

Esta relación, esta interacción entre literatura y realidad, entre literatura y sociedad, entre literatura y personalidad, entre literatura e historia, tipificará para siempre sus obras y lo convertirá en el más brillante crítico de su generación. Adolfo Prieto, hijo de padres españoles, nacido en San Juan en 1928, pertenece a la llamada «Generación de 1950», un grupo compacto de escritores de origen burgués que aparecen en las letras argentinas entre 1948 y 1950, expresándose primeramente en las revistas *Centro*, *Contorno* y *Ciudad*.

A esa generación pertenecen David Viñas, el mejor y más sólido de sus narradores (*Cayó sobre su rostro*, 1955; *Los años despiadados*, 1956; *Un dios cotidiano*, 1957; *Los dueños de la tierra*, 1959; *Las malas costumbres*, 1965; la mejor de sus novelas es *Dar la cara*, 1962, reeditada muchas veces); Juan José Sebrelli, ensayista y crítico; Noé Jitric, poeta y crítico; los poetas de la revista *Poesía Buenos Aires* (Móbili, Bayley, Aguirre, Trejo); el historiador Tulio Halperín Donghi; el dramaturgo y ensayista Rodolfo Kusch; el filósofo Víctor Massuh; los novelistas A. Rodríguez, Di Benedetto, Peltzer y Desein; los poetas F. Guibert, M. J. Castilla, Aráoz Anzoátegui, M. Fernández

Moreno, Busignani; un puñado de novelistas sociales: Varela, Castro, Manauta, Gómez Bas, y otros de amplio registro: Beatriz Guido, Jasca, Ardiles Gray, Bondoni, Murena. En teatro: Cuzzani, Dragún, De Martini, Betti y Gorostiza.

Hacia 1950, los hombres nacidos dos décadas antes comienzan a asumir conscientemente en la Argentina una realidad que era mucho más complicada y difícil que los esquemas que habían heredado para captarla y comprenderla. La mayoría de estos integrantes de la generación habían hecho las mismas lecturas (tanto los intelectuales formados en la universidad como los autodidactos) y pertenecían a la clase media. Procedían de muchas partes del país, pero enfrentaban los mismos problemas, muchos insolubles. En primer lugar, el de su ubicación política. Casi todos habían luchado contra Perón en las elecciones de 1946, pero descubrían poco después que al atacar al candidato también atacaban las leyes obreras o las conquistas sociales que el gobierno de ese hombre propugnaba. Alentando esquemas ideológicos de mejoras sociales y hasta de tipo revolucionario, estaban ahora enfrentados a los *cabecitas negras*, que era el mote despectivo inventado por la oligarquía argentina para los obreros del norte del país que se trasladaban a los centros industriales en busca de mejores salarios. Hablaban de las masas y de sus derechos, pero se oponían a su manejo de la cosa pública.

Habían sido antiimperialistas (una de las consignas políticas descubiertas por los grupos de derecha en la Argentina hacia 1930), pero contemplaban ahora que los candidatos antiperonistas recibían dinero de personeros de ese imperialismo (Braden, por ejemplo) que manejaba a discreción los grandes diarios argentinos. Pero a la vez, los ministros del gobierno que había usado el slogan «Braden o Perón» y había ganado la elección de 1946, firmaban contratos alegremente con las compañías norteamericanas o compraban en una suma sideral a los ingleses ferrocarriles que eran argentinos por derecho.

El esquema democracia-dictadura usado para comprender el fenómeno peronista estallaba en pedazos; no servía para entender en verdad un proceso de odio y falsas dicotomías por debajo del cual se movían intereses económicos que los superaban. Por otra parte, los integrantes de la generación se daban cuenta de que, al luchar contra ese gobierno apoyaban el proceso cortado por la revolución de 1943, que José Luis Torres había calificado como «la década infame»... Las ideologías resultaban estrechas para captar el mundo en el que comenzaban a vivir.

Estos escritores están en el medio de dos grupos que, hacia 1950 se relacionan por el odio: los que apoyan al gobierno y detentan el

poder se conforman con un alegre desenfado y con romper ciertos estatus, ciertos engolamientos, sin destruir ni construir nada desde cero. Los que se oponen totalmente a la mayoría se niegan a aceptar nada de un movimiento que los había superado. En medio de ese abismo de incomprensión, de ineficacia y de tensión se forja esta generación literaria.

A esa tensión, a esa realidad desagradable y cercana en lo político, se suma la situación crítica que vivía por esos años el mundo de la cultura europea, que empezaba a salir de la hecatombe de la guerra comenzada en España. Si hubiera que definir los intereses intelectuales de la generación habría que decir que, más que la literatura, les interesó la búsqueda de ideas políticas, sociológicas, filosóficas, para entender la realidad. Por eso se vuelven a la lectura de los escritores franceses de esos años, traducidos, comentados y estudiados con fervor. Los que ejercieron mayor influencia fueron Sartre, Merleau Ponty y Simone de Beauvoir. Y entre los novelistas les atrajeron los narradores norteamericanos, italianos y algunos argentinos (Faulkner, Hemingway, Steinbeck, Dos Passos, Vittorini, Pratolini, Pavese y Moravia). De los argentinos, Cambaceres, Payró, Arlt y Quiroga. Si bien se ve, todos narradores que atraían por la carga vital, por la «ausencia de literatura».

Pero a la vez, como estaban necesitados de andariveles para comprender el proceso que vivía el país, se lanzaron afanosamente a estudiar y analizar los escritores argentinos representativos de la generación anterior: Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea y Jorge Luis Borges. Ellos habían escrito sobre los males argentinos y a ellos fueron a buscar respuestas a sus inquietudes. No las encontraron, porque los tres habían escrito en años que diferían extraordinariamente de los que les tocaba vivir. El único que se salvó de ese revisionismo casi feroz fue Martínez Estrada, aunque salió bastante mal parado de la prueba. Los otros dos, y en especial Mallea, quedaron para siempre marcados. Por eso esta generación ha sido denominada la «generación de los parricidas» por Emir Rodríguez Monegal (2) o la «generación peronista» como la denomina alguna vez David Viñas, partiendo de la conciencia del hecho político como desencadenante primordial de muchas de sus actitudes. Esta interacción de la realidad sobre lo literario explica lo señalado por R. Monegal:

A los nuevos no les interesa el valor literario por sí mismo: les interesa en relación con el mundo del que surge y en el que ellos están insertos. De ahí que sus análisis omitan por lo general lo literario

(2) Un buen esquema en R. MONEGAL: *El juicio de los parricidas*. Buenos Aires, Deucalión, 1956, con numerosos datos. No hay todavía un panorama orgánico de este nuevo grupo de escritores argentinos.

esencial, e incursionen por las zonas adyacentes de la política, de la metafísica y hasta de la mística. *Incursiones en busca de su realidad, no la de sus maestros...*

Este extenso apartado del tema central de esta nota persigue sobre todo hacer comprensible el sentido del segundo libro de Prieto. Su aparición desencadenó una avalancha de detracciones, denuestos y aplausos. Se llamó *Borges y la nueva generación* (1954) y en sus páginas lo menos importante era el escritor que aparecía en el título. Lo fundamental era usarlo como motivo para definir una especial actitud ante la literatura. El libro se insertaba en esa labor de revisión a la que antes hemos aludido y más que el análisis literario (que peca a veces de parcial, o de limitado), lo importante estaba en las notas que Prieto señalaba como diferenciales entre los nuevos y el gran maestro.

Prieto comenzaba calificándolo como «el más importante de los escritores argentinos actuales», pero lo acusaba de haber creado una obra de la que el hombre real, *hic et nunc*, estaba ausente; los temas argentinos eran rozados de tal manera que servían de pretexto para el escapismo permanente. Prieto enfrentaba a Borges señalando que sus temas, sus intereses como creador y hasta su estilo, no interesaban a la nueva generación. Estos últimos se sentían ajenos a esa obra y a su sentido; Borges era un escritor bizantino y sus libros e «inquisiciones» un puro juego. Los cuentos eran para Prieto:

Jeux de l'esprit, ejercitaciones del intelecto y la imaginación, combustión aristocrática de ocio. Más refinado y menos indolente que el señor feudal, en vez de hacerse relatar maravillas por bardos trashumantes, el moderno creador de ficciones se ejercita en ellas por auto-placer (p. 86).

Y remataba su libro con un plural que expresaba más que una fórmula literaria el hecho de hablar en nombre de su grupo:

Borges ofrece el caso singularísimo de un gran literato sin literatura; un hombre que pasó treinta años ejercitándose como escritor sin reservarse un poco de tiempo para preguntarse qué es escribir. Es posible que a él (y a muchos) cueste comprender este reparo, de la misma manera que a nosotros se nos hace empinado alcanzar el sentido de la absoluta gratuidad y prescindencia de su obra (p. 84).

Como se ve, la casi totalidad de las objeciones estaban condicionadas por las circunstancias históricas más que por las consideraciones puramente estéticas. Para la generación de 1950, Borges era «un literato sin literatura... un fantasma que nos estorba el paso...».

En 1956 apareció *Sociología del público argentino*, libro que intentaba por primera vez en la historia de la crítica argentina (y tal vez hispánica) responder a algunos interrogantes nuevos. Partiendo de algunas ideas sartreanas, Prieto trataba de plantearse estas vías de comprensión: a) ¿existe una literatura argentina?, ¿existe un público lector en la Argentina?; b) ¿por qué y para quién se escribe en la Argentina?

En primer lugar, Prieto, sin preconceptos, comenzaba a analizar cuál era el entorno y la actitud del público medio argentino ante las producciones culturales. Así llegaba a la conclusión de que el público argentino consume obras estéticas sin ser conmovido por ellas, sin interesarse profundamente en ellas. Esto lo llevaba a plantearse el problema de la *indiferencia* en la Argentina (ante lo religioso, el estado, la cultura, los valores en general). «El hombre argentino actual —escribía— se interesa en los valores tradicionales de reflejo y por delegación...» Y explicaba este desinterés por motivos históricos, como la típica actitud de un país joven, en decantación, al cual le fueron entregados horizontes de valores que no ha podido todavía incorporarse definitivamente.

Rastreaba luego a través de nuestros dos siglos de literatura, cuál fue la suerte que los libros más destacados habían corrido entre el público para el que habían sido escritos. Y hasta explicaba el éxito siempre actual de algunas obras recurriendo al análisis hondo de ciertos aspectos de la psicología colectiva:

Los lectores leían y leen el *Facundo* sobrecogidos por un estado de ánimo especial, por un desgrarramiento originado en el deseo de ser el hombre de la civilización contra el hombre de la barbarie, y la sospecha de ser al mismo tiempo uno y otro hombre... Esta escisión profunda que se abre en la conciencia de cada lector argentino es la que renueva la vida y el vigor del libro entre nosotros; para el extranjero es una curiosidad literaria; para nosotros, una experiencia que nos compromete el ser (p. 63).

El primero que intenta una verdadera revolución en cuanto a la ampliación de su público y a la transformación de su instrumento expresivo es Hernández. Con *Martín Fierro* logró no solamente destruir y superar la acostumbrada relación escritor-público culto burgués, sino también jugó «a poner frente a la conciencia de los desposeídos el espejo de su situación real». Sin embargo, Hernández solamente trató de corregir excesos, no de transformar la realidad. A pesar de ello su poema representa en nuestra literatura el más valioso intento de literatura popular y «descubre, con su éxito sin preceden-

tes, las posibilidades de un público menospreciado hasta entonces por el escritor culto» (p. 65).

Luego examinaba cómo muchos lectores potenciales habían sido absorbidos por las revistas y diarios de gran tiraje que aparecen a fines del siglo XIX (*La razón, Caras y caretas, PBT*) y de qué manera la literatura había sido asediada muchas veces y vencida por enemigos de gran efecto que aparecen en nuestro siglo: la radio, el cine y la televisión. Cerraba su análisis señalando la existencia segura de un gran público potencial de lectores en el país (que calculaba muy medidamente en cien mil personas). Esos lectores devoraban hasta 25 ediciones de ciertos libros de éxito traducidos del inglés o del francés, y acotaba que los escritores argentinos debían conquistar ese público.

En otra parte examinaba las razones de los éxitos de Larreta, Gálvez y Martínez Zuviría y mostraba cómo, en algunos casos, motivos extra-literarios (así en Hugo Wast) hacían claras las razones de sus enormes tirajes. Por primera vez, Prieto se atrevía a examinar el envés de la literatura y su existencia en el país, así como los canales a través de los cuales los libros eran conocidos por el público virtual.

Analizaba más tarde los datos de una encuesta hecha entre individuos de todas las clases sociales y niveles culturales, sobre qué se leía, cuándo se leía, cómo se leía y por qué se leía en la Argentina. Sus conclusiones, reducidas por el número de ejemplares usados en el «muestreo» eran muy importantes porque comportaban el primer intento sociológico de esa clase realizado en el país. Además de numerosas observaciones de detalle, Prieto llegaba a una conclusión básica que tenía explicación vaga y difícil: el público argentino no se interesaba por las obras escritas por autores nacionales (3). Y era posible que mucha de la culpa de ese fenómeno estuviera no solamente en el aparato comercial, industrial y de propaganda que rodeaba al libro de autor argentino, sino también en la calidad humana y lite-

(3) Desde hace unos tres años puede decirse que esa indiferencia ha desaparecido. El público muestra una tal apetencia de autores nacionales que ciertas editoriales (Sudamericana, por ejemplo) han cambiado la proporción en que editaban autores extranjeros y argentinos. Estos últimos son ahora la mayoría. Es probable que en ese proceso hayan intervenido diversos factores: una agudización de la inestable situación política y económica; la atención extraordinaria que ciertas revistas de gran circulación comenzaron a prestar a los escritores argentinos; el evidente mejoramiento de la calidad de muchos de ellos (calidad narrativa); la aparición de una verdadera legión de cuentistas nuevos; la atención que ciertas nuevas editoriales prestaron a los autores argentinos, editándolos en grandes tiradas a precios muy reducidos y vendiéndolos en quioscos callejeros; el ruido que se ha hecho y se hace en torno a numerosos premios literarios, etc.

raria de esas obras y en su lenguaje. Y remataba su libro con estas palabras:

El escritor argentino se equivocará penosamente si da en la manía de creerse un ser providencial, como se equivoca en sus añoranzas de la vida literaria parisiense y su glorificación de las rencillas, las rivalidades, las intrigas, la institución del «vetetismo» y la obsesionante defensa de los prestigios. En un país donde la literatura aprende sus primeros pasos, el escritor violentará la dignidad y la misión que le asigna el oficio elegido con cualquier determinación que no sea la de realizar honestamente su obra. Los límites imprecisos de un público fantasmal, hipotético, abierto como una incógnita gigante, marcan los límites de su propia responsabilidad.

En 1959 apareció editado por la Universidad del Litoral el volumen *Proyección del rosismo en la literatura argentina*. Nació de un seminario dictado por Prieto el año anterior y en la obra intervenían 14 estudiantes a punto de terminar su carrera. En la introducción, el director adelantaba los fines: «perseguir a través del testimonio literario la conversión del hombre Rosas en fantasma; ponderar los elementos que intervinieron en el proceso trasmutador y sugerir los motivos y los medios que aseguraron la eficacia del mismo. Junto con la figura protagónica, serán analizados los personajes secundarios». También se estudiaron las formas en que la literatura rosista influyó en los hechos, y cómo éstos condicionaron los mitos escritos.

El único antecedente conocido de un trabajo de este tipo pertenecía a Avelina M. Ibáñez (*Unitarios y federales en la literatura argentina*, 1933), pero ninguno intentó un estudio de tan amplio espectro y ninguno había puesto la atención más en las motivaciones psicológicas que en los textos mismos. El volumen tocaba uno de los asuntos más explosivos de la vida histórica argentina y abarcaba además de los textos literarios (poesía, novela y folletines, teatro, periodismo y textos autobiográficos), los símbolos rosistas (los colores rojo y celeste, la sangre, la mazorca, el lenguaje), el cine, el radioteatro y hasta las historietas cómicas. El trabajo además se caracterizaba por la ausencia del elogio o la diatriba, por una perspicacia histórica profunda y fina y por haber ordenado un material a primera vista caótico, heterogéneo y lleno de aristas polémicas.

En una extensa introducción, Prieto ubicaba históricamente a Rosas destacando los aspectos sociales del fenómeno y ponía a luz numerosas contradicciones no explicadas: la vaguedad contradictoria del mote *unitarios y federales*, el apoyo que en 1838 manifiestan a Rosas, Juan M. Gutiérrez y Alberdi, la calificación de «anarquistas» que De Angelis aplicó a los jóvenes de la Asociación de Mayo, acusándolos de opo-

nerse al arte clásico, el hecho de que las fracciones rosistas y antirrosistas pertenecían a la clase dirigente, pero el pueblo, en su mayoría, se adhirió desde un comienzo al tirano. Destacaba también las consecuencias sico-sociales, que el fenómeno Rosas produjo tanto en los individuos como en el pueblo:

El rosismo provoca un trauma en la conciencia colectiva, con repercusiones que se registran fácilmente hasta medio siglo después de extinguirse el régimen.

Y hasta en nuestros días la figura de Rosas nos obliga a adoptar una postura que abre el camino para las últimas definiciones «como si señalara una postura ante el mundo y ante la vida, una actitud estimativa que incluyera la apreciación de todos los valores». Este interés por la psicología social tipifica nuevamente el trabajo y muestra de qué manera muchos hechos, situaciones, obras del pasado argentino pueden ser iluminadas desde perspectivas nuevas y críticamente reveladoras.

En la segunda parte del mismo capítulo, Prieto sintetizaba y ordenaba de manera global la literatura en torno a Rosas. Según él esa literatura estaba escindida en dos partes por la batalla de Caseros, con lo que se probaba que lo político había determinado lo literario y los textos no habían influido decisivamente en la historia. Pero ya antes de 1852 hubo escritores europeos deslumbrados por la figura mítica de Rosas, que crecía más rápidamente, contemplada desde el otro lado del Atlántico. Dumas y Villeneuve descubren en Rosas un especial atractivo literario; el color local, el pintoresquismo romántico, la sangre, la barbarie, la belleza física del tirano, sus crímenes verdaderos o falsos, el mundo en torno primitivo y feroz, eran elementos que contribuían y contribuirían de modo preponderante a la conversión del hombre en mito. Los escritores argentinos que se inspiran en Rosas aseguran la viviente posteridad literaria; pero la literatura de la época, tanto de uno como de otro bando, es igualmente feroz y desmesurada. Lo escrito amplificó, deformó, mitificó la realidad que le dio sustento.

Caseros amputa una de las vertientes de esa literatura, silenciada con la misma violencia con que el tirano acalló las voces de sus opositores. Y hasta los denuestos del vencido y los elogios de los triunfadores debieron ajustarse a sobreentendidos cánones retóricos. El período posterior a Caseros aprovecha y desarrolla la materia mítica tejida en los años anteriores, y como la censura, el cuchillo y el terror habían acallado a los testigos de los hechos, el mito de un Palermo orgiástico, sangriento y cruel, la bondad de Manuelita, la sevicia del

padre, etc., despliéganse en infinitos libros narrativos, poéticos o dramáticos. La literatura desarrolló lo que Prieto denominó ajustadamente «un conflicto típicamente maniqueo». *Amalia*, la prosa sarmientina y los folletones de Gutiérrez estereotipan una imagen de Rosas que los datos históricos no han apagado en la conciencia del pueblo. Los intentos de algunos poetas, el ciclo de Gálvez, no han logrado poner a la literatura al nivel ecuánime de cierta crítica histórica. Y Prieto explicaba la persistencia del tema Rosas como

la compartida necesidad de revivir, míticamente, la existencia de un pasado trágico; y la intuición de que el proceso desencadenado por el episodio rosista tiene todavía abiertas sus instancias. La intuición de que, para nuestra conciencia escindida, fatalmente deberemos juzgar o ser juzgados.

Durante esos años Prieto publicó un conjunto de estudios en revistas dedicados casi siempre a movimientos y escritores argentinos contemporáneos (4). En 1962 organiza una *Encuesta: La crítica literaria en la Argentina*, editada por la Universidad Nacional del Litoral. Prosiguiendo con su labor de estudiar los otros aspectos de la obra literaria: el público y los medios de difusión de la misma, estaba interesado ahora en escudriñar cuál había sido y era la actitud de los críticos argentinos. Eligió un grupo bastante grande de entre los críticos en actividad y los interrogó acerca de sus ideas sobre la crítica, los nombres de los críticos más importantes, la función de la crítica periodística y el sentido que la actividad crítica tenía en nuestro país. Otra vez Prieto emprendió un tipo de encuesta no intentado antes y que servirá (ya nos sirve hoy) para tener una imagen bastante amplia de la preparación, las ideas y el sentido de esa labor en nuestra literatura.

Realizó luego, para la Universidad de Córdoba, una *Antología de Boedo y Florida* (5), precedida de un extenso y agudo prólogo lleno en muchas páginas de enfoques renovadores, de materiales casi no

(4) Entre otros: «El martinfierrismo», *Revista de Literatura Argentina e Iberoamericana*, Facultad de Filosofía y Letras, U. N. de Cuyo, núm. 1; Mendoza, 1959; pp. 9-31. «Los dos mundos de Adán Buenosayres», *Boletín de Literaturas Hispánicas*, Facultad de Filosofía y Letras, U.N. Litoral, núm. 1; Rosario, 1959; pp. 57-74. «Consideraciones sobre el hombre que está solo y espera», *Ibid.* núm. 3, 1961, pp. 23-40; «Una curiosa revista de orientación futurista», *Ibid.*, pp. 53-63; «La fantasía y lo fantástico en Roberto Arlt», *Ibid.* núm. 5, 1963, páginas 5-18; dirigió, solicitado por la Universidad de Duquesne, Pensilvania, un volumen colectivo sobre Gálvez, al que contribuyó con «Gálvez, el mal metafísico», *Duquesne Hispanic Review*, a. 2, núm. 3, 1963, pp. 119-128.

(5) *Antología de Boedo y Florida*, prólogo y selección de A. Prieto, Córdoba, Universidad Nacional, 1964; 169 pp. Aparecen textos de Mariani, Castelnuovo, Barletta, Clara Beter, Riccio, Yunque, Olivari, González Tuñón, Gironde, González Lanuza, Fijman, N. Lange, Marechal, Molinari y Borges.

transitados antes y de mirajes que darían motivo a un volumen muy necesario.

Y también en esa introducción se hacen visibles las relaciones que siempre establece Prieto entre la realidad histórica (los años 1920-1930), y la literatura escrita por ese entonces en la Argentina. Así señala como nunca, ni antes ni después, se ha gozado en nuestro país de bonanza económica y de libertad intelectual, comparable a la de esa década. Esos y otros factores favorecieron una importancia «social» de la literatura, que parece increíble desde los tiempos que nos han tocado vivir... Prieto, además, deslinda con justeza las diferencias, no muy marcadas, entre los ultraístas y los de Boedo, su sentido del humor y su afirmación festival de la vida, los motivos criollistas que invaden las poesías del primer Borges, el sentido del realismo perseguido por los boedistas. Y en una página plena de posibilidades acota que la obra narrativa de Arlt es la expresión de la pequeña burguesía, cuyo irracionalismo de entonces tendrá su expresión plena en el sentimiento de fatalidad y derrota que agobia a *Radiografía de la Pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada.

Una versión algo distinta de la que nos ocupa, ya había sido publicada en 1962, de *La literatura autobiográfica argentina* (6). En este volumen la literatura autobiográfica se estudia como testimonio de «conflictos de situación; es decir, los conflictos que la sociedad opone en un momento dado al normal desarrollo de los individuos (trastornos políticos, económicos, religiosos) y que a estos efectos, los datos serán solicitados por igual a la historia política y de las instituciones, a la sociología y a los propios datos de la historia literaria» (p. 9). En síntesis, Prieto elude los aspectos estético-literarios y se lanza a descubrir con nuevos métodos parcelas de la realidad íntima en la lucha generalmente traumática entre el yo y la sociedad, el yo y la historia que ese yo debió vivir.

En primer término el autor prueba que es falsa la afirmación de que nuestro país carece de literatura autobiográfica; dentro del mundo hispánico la Argentina documenta una riqueza en textos de ese tipo que resulta digna de tenerse en cuenta por su riqueza y cantidad. Sin embargo, la mayoría de esas autobiografías (con su característica memoria «simbólica») son elusivas con respecto a las zonas más íntimas: lo erótico, lo familiar, lo desagradable o lo abyecto. Es imposible encontrar un texto donde, como en el caso límite de Rousseau o Genet el que escribe se desnuda totalmente ante el lector.

(6) Editado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral.

La nota más general de los testimonios autobiográficos argentinos (y probablemente de toda el área hispanohablante) es que casi siempre corresponden a hombres de destacada actuación pública y en su mayoría son justificaciones de sus actos políticos. Por eso acota Prieto: «la historia de la literatura autobiográfica argentina condensa, en un plano insospechado, la historia de la élite del poder en la Argentina». El estudio se fija un límite que creemos mesurado: obras de autores nacidos antes de 1900.

A partir de esos postulados, la obra se abre en riquísimas posibilidades comprensivas. Asombra leer lo que Prieto puede deducir del manejo inteligente, audazmente escudriñador de textos que parecían desprovistos de atractivos fuera de los secamente documentales. Así ocurre con los testimonios de los hombres que intervinieron en la revolución de Mayo, los cuales dan el otro rostro, el aspecto traumático de las transformaciones y situaciones conflictivas que desencadenó el levantamiento contra la autoridad española. Prieto afirma que la sociedad platense anterior a 1810 se mueve en dos planos ideológicos encontrados: una tendencia conservadora, antipopular, clasista, y una apetencia de transformación, de cambio, de negación de la tradición. Ambos planos coexistieron en cierto equilibrio durante dos siglos; al llegar las ideas liberales, al proclamarse la independencia, ese equilibrio se destruye, pero ambos niveles siguen viviendo en sus actores principales:

El liberalismo, triunfante en la faz política, inflama los sentimientos, tiñe con nuevos colores algunas formas del vivir, pero se vuelve moroso en la disolución de varios de los principios en que se asienta la sociedad colonial. Son los principios que laten en la oscuridad del subconsciente, nacidos de los infinitos matices de las experiencias de la infancia, de los presiones de la religión y del folklore, del conformismo que permite el mínimo grado de convivencia en el grupo.

El mejor indicio de esa dualidad difícil y casi insalvable puede encontrarse en textos de Manuel Belgrano, Saavedra, Agrelo, Gervasio de Posadas, Juan Cruz Varela; en todos hallamos idéntica situación: «Los hombres que se dejan arrastrar por el torbellino de las ideas y las pasiones revolucionarias son compelidos, violentamente, a confrontar sus vidas con patrones distintos a aquellos a que estaban habituados.» Quien con mayor dramatismo, con desgarramiento trágico vivió ese conflicto fue, naturalmente, Sarmiento. El capítulo dedicado al autor de *Facundo* merece el calificativo de brillante, aunque no se esté totalmente de acuerdo con sus conclusiones. La parte más rica y más honda es la que Prieto dedica a comprender la personalidad sarmientina a partir de su vida familiar. Sarmiento nace en un mundo de inse-

guridad social, donde la pobreza amenaza permanentemente en hundir a toda la familia; a eso se suma la ausencia de autoridad paterna, la necesidad enfermiza de afecto y un deseo casi neurótico de poder y de estima íntima y colectiva.

La segunda parte del volumen está dedicada al estudio de los conflictos que el período rosista produjo en los hijos de algunos de los protagonistas que detentaban el poder en la época. El estudio resulta útil no solamente al historiador, sino también deberá ser consultado por el psicólogo social y por el estudioso de nuestra historia cultural. Prieto analiza con detenimiento las obras de Calzadilla (por primera vez leído en profundidad), de Guido y Spano y de Mansilla. El crítico recurre al psicoanálisis para establecer la personalidad del autobiógrafo a partir de sus mismas confesiones, y estudia los conflictos íntimos que la condena en bloque del mundo rosista produjo en ellos. Aquí y allá asoman interpretaciones que pueden ser discutibles, pero que muestran una finura y una agudeza no comunes en nuestra crítica. Por ejemplo, estudiando la confesión de Calzadilla, de que su madre no pudo tener una hija, y lo vistió y crió como una mujercita hasta los trece años, y la frecuencia con que luego el mismo autobiógrafo narra sus aventuras y galanteos femeniles, Prieto llega a la conclusión de que ese deseo de aparecer como un Don Juan «no parecen ser fundamentalmente otra cosa que elementos subjetivos de compensación a una delicada experiencia infantil».

Luego muestra la lucha íntima en que se encuentran tanto el citado como Guido y Mansilla, para hablar positivamente de sus padres rosistas y a la vez mostrarse como enemigos del régimen execrado cuando ellos llegan a la madurez. En esta parte anotamos algunos desacuerdos; por ejemplo, lo humorístico no aparece en la *Carta*, de Guido, «en el preciso momento en que éste asume la conciencia de su derrota». Esa nota es visible desde las primeras páginas de la autobiografía. En *Una excursión*, de Mansilla, el paisaje no es solamente decorado; es el telón de fondo, grande y sobrecogedor, destinado a idealizar, a convertir en magna la expedición de Lucio al desierto.

La tercera parte documenta las transformaciones que el país sufrió con motivo del impacto inmigratorio (desde las últimas décadas del siglo pasado) hasta la Revolución del 43. Allí prueba Prieto cómo persisten en los grupos dirigentes (o en sus descendientes) ciertos mitos y costumbres coloniales que no parecen haber cambiado: la creencia de que la posesión de la tierra da prestigio, la norma de aceptar como hecho natural la situación de privilegio de ciertos grupos; la posesión de las pautas de prestigio social continúa en manos de los mismos que las detentaron hace ciento cincuenta años (aunque no tengan el

poder político, pero sigan ocupando los cargos expectables de algunas zonas de la administración, como las canonjías del servicio exterior).

Luego se analizan las obras de Joaquín V. González, Bioy, Ibarguren. Estas pocas líneas quieren ser, sobre todo, una incitación a recorrer las páginas de un libro polémico, arrojado, inteligente, heterodoxo e infrecuente. Y es obra que prueba una vez más que los textos valen por los lectores y los críticos, no por sí mismos, y que ciertos métodos y enfoques actuales comienzan a usarse con hondura en la crítica argentina.

RODOLFO A. BORELLO
Salta, 1576
MENDOZA (ARGENTINA)